

94 Enero 3 mms
DE ENERO DE 1894

EDICIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Mesonero Romanos, 31

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR, D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA

NÚMERO DE 3 PÁGINAS

PRECIO

15 céntimos

DÍAS TRISTES



SONETO

Hace tiempo que todo jol patria mfa!
Sin cesar, en tu daño se conjura,
Que encarnizase en ti la desventura,
Que el mal te acosa, y el error te guía.
Desbórdase rugiendo la anarquía
Cuando el azote de la guerra aún dura,
Y arrasa el huracán en la llanura
Lo que el incendio respetado había.
Pero no importa. El desaliento ataja,
Que más que el golpe de la suerte fiera
Tu varonil espíritu rebaja;
Abrazate á tu genio y tu bandera,
Sé tu misma otra vez, lucha, trabaja,
Vuelve la vista al Porvenir... y espera.

EMILIO FERRARI.

Ayuntamiento de Madrid

EL TALISMAN

La presente historia, aunque verídica, no puede leerse a la claridad del sol. Te lo advierto, lector, no vayas a llamarte a engaño: enciende una luz, pero no eléctrica, ni de gas corriente, ni siquiera de petróleo, sino uno de esos simpáticos velones tríplices, de tan graciosa traza, que apenas alumbran, dejando en sombra la mayor parte del aposento. O mejor aún: no enciendas nada; salte al jardín, y cerca del estanque, donde las magnolias derraman effluvis embriagadores, y la luna rieles argentinos, oye el cuento de la mandrágora y del barón de Helynaghy.

Conoció a este extranjero (y no lo digo por dar color de verdad al cuento, sino porque en efecto le conocí) del modo más sencillo y menos romanesco del mundo: me lo presentaron en una fiesta de las muchas que dió el embajador de Austria. Era el barón primer secretario de la embajada, pero ni el puesto que ocupaba, ni su figura, ni su conversación, análoga a la de la mayoría de las personas que a uno le presentan, justificaban realmente el tono misterioso y las reticentes frases con que me anunciaron que me le presentaban, al modo con que se anuncia algún importante suceso.

Picada mi curiosidad, me propuse observar al barón si era posible. Parecióme fino, con esa finura engomada de los diplomáticos, y guapo, con la belleza algo impersonal de los hombres de salón, muy acaudalados por el ayudo de cámara, el sastre y el peluquero—goma también, goma todo.—En cuanto a lo que valiese el barón en el terreno moral e intelectual, difícil era averiguarlo en tan inspidas circunstancias. A la media hora de charla volví a pensar para mis adentros: «Pues no sé por qué hablan de este señor con tanto énfasis».

Apenas dió fin mi diálogo con el barón, pregunté a diestro y siniestro, y lo que saqué en limpio acrecentó mi curioso interés. Díjéronme que el barón poseía nada menos que un talismán. Si un talismán verdadero: algo que, como la piel de zapa de Balzac, le permitía realizar todos sus deseos y salir airoso en todas sus empresas. Refirieronme golpes de suerte, inexplicables a no ser por la mágica influencia del talismán. El barón era húngaro, y aunque se preciaba de descender de Tacsoni, el glorioso caudillo magyar, lo cierto es que el último vástago de la familia de Helynaghy puede decirse que vegetaba en la estrechez, confinado allá en su vetusto solar de la montaña. De improviso, una serie de raras casualidades concentró en sus manos respetable caudal: no sólo se murieron oportunamente varios parientes ricos, dejándole por universal heredero, sino que al ejecutar reparaciones en el vetusto castillo de Helynaghy, encontré un tesoro en monedas y joyas. Entonces el barón se presentó en la corte de Viena según convenía a su rango, y allí se vieron nuevas señales de que sólo una protección misteriosa podía dar la clave de tan extraordinaria suerte. Si el barón jugaba, era seguro que se llevase el dinero de todas las apuestas; si fijaba sus ojos en una dama, en la más inexpugnable, era cosa averiguada que la dama se ablandaría. Tres desafíos tuvo, y en los tres hirió a su adversario: la herida del último fué mortal, cosa que pareció advertencia del destino a los futuros contrincantes del barón. Cuando éste sintió el capricho de ser ambicioso, de par en par se le abrieron las puertas de la Dieta, y la secretaria de la embajada en Madrid hoy le servía únicamente de escalón para puesto más alto. Susurrábase ya dónde le nombrarían ministro plenipotenciario el invierno próximo.

Si todo ello no era patraña, efectivamente merecía la pena de averiguar con qué talismán se obtenían tan envidiables resultados; y yo me propuse saberlo, porque siempre he profesado el principio de que en lo fantástico y maravilloso hay que creer a pie juntillas, y el que no cree por lo menos desde las once de la noche hasta las cinco de la madrugada, es tuerto del cerebro, ó sea medio tonto. A fin de conseguir mi objeto hice todo lo contrario de lo que suele hacerse en casos tales: procuré conversar con el barón a menudo y en tono franco, pero no le dije nunca palabra del talismán. Hastiado probablemente de conquistas amorosas, estaba el barón en la disposición más favorable para no pecar de fátuo, y ser amigo, y nada más que amigo de una mujer que le tratase con amistosa llaneza. Sin embargo, por algún tiempo mi estrategia no surtió efecto alguno: el barón no se espontaneaba, y hasta percibí en él, más que la insolente alegría del que tiene la suerte en la mano, un dejo de tristeza y de inquietud, una especie de negro pesimismo. Por otro lado, sus repetidas alusiones a tiempos pasados, tiempos infelices, oscuros, y a un repentino encumbramiento, a una deslumbradora racha de felicidad, confirmaban la versión que corría. El anuncio de que había sido llamado a Viena el barón y que era inminente su marcha, me hizo perder la esperanza de saber nada más.

Pensaba yo en esto una tarde, cuando precisamente me anunciaron al barón. Venía sin duda a despedirse y traía en la mano un objeto que depositó en la mesilla más próxima. Sentóse después, y miró alrededor como para cerciorarse de que estábamos solos. Sentí una emoción profunda, porque adiviné con rapidez intuitiva, femenil, que del talismán iba a tratarse.

—Vengo—dijo el barón—a pedir a Vd. señoría, un favor inestimable para mí. Ya sabe usted que me llaman a mi país, y sospecho que el viaje será corto y precipitado. Poseo un objeto... una especie de reliquia... y temo que los azares del viaje... En fin, recelo que me la roben, porque es muy codiciada, y el vulgo le atribuye virtudes asombrosas. Mi viaje se ha divulgado: es muy posible que hasta se trame algún complot para quitármela. A Vd. se la confío: guárdela Vd. hasta mi vuelta y la será deudor de verdadera gratitud.

De manera que aquel talismán precioso, aquel raro amuleto, estaba allí, a dos pasos, sobre un mueble, é iba a quedar entre mis manos!

—Tenga Vd. por seguro, que si la guardo estará bien guardada—respondí con vehemencia;—pero antes de aceptar el encargo, quiero que Vd. me entere de lo que voy a conservar. Aunque nunca he dirigido a Vd. preguntas indiscretas, sé lo que se dice, y entiendo que, según fama, posee Vd. un talismán prodigioso que le ha proporcionado toda clase de venturas. No le guardaré sin saber en qué consiste, y si realmente merece tanto interés.

El barón titubeó. Vi que estaba perplejo y que titubeaba antes de resolverse a hablar con toda verdad y franqueza. Por último, prevaleció la sinceridad, y no sin algún esfuerzo, dijo:

—Ha tocado Vd., señora, a la herida de mi alma. Mi pena y mi torcedor constante es la duda en que vivo, sobre si realmente poseo un tesoro de mágicas virtudes, ó cuido supersticiosamente un fetiche despreciable. En los hijos de este siglo, la fe en lo sobrenatural es siempre torre sin cimiento: el menor

soplo de aire la echa por tierra. Se me cree feliz, cuando realmente no soy más que *afortunado*: sería feliz si estuviese completamente seguro de que lo que ahí se encierra es efectivamente un talismán que realiza mi deseo y para los golpes de la adversidad; pero este punto es el que no puedo esclarecer. ¿Qué sabré yo decir? Que siendo muy pobre y no haciendo nadie caso de mí, una tarde pasó por Helynaghy un israelita, venido de Palestina, y se empeñó en venderme eso, asegurando que me valdría dichas sin número. Lo compré... como se compran mil chucherías inútiles... y lo eché en un cajón. Al poco tiempo empezaron a sucederme cosas que cambiaron mi suerte, pero que pueden explicarse todas... sin necesidad de milagro... Aquí el barón sonrió y su sonrisa fué contagiosa.—Todos los días—prosiguió recordando su expresión melancólica—estamos viendo que un hombre logra lo que no merece, en cualquier terreno... y es corriente y usual que duelistas inexpertos venzan a espadachines famosos. Si yo tuviese la convicción de que existen talismanes, gozaría tranquilamente de mi prosperidad. Lo que me amarga, lo que me abate, es la idea de que puedo vivir juguete de una apariencia engañosa, y que el día menos pensado caerá sobre mí el sino funesto de mi estirpe y de mi raza. Vea usted cómo hacen mal los que me envidian, y cómo el tormento del miedo al porvenir compensa esas dichas tan cacareadas. Así y todo, con lo que tengo de fe me basta para rogar a Vd. que me guarde bien la cajita... porque la mayor desgracia de un hombre es el no ser ni escéptico del todo, ni creyente a macha martillo.

Esta confesión leal me explicó la tristeza que había notado en el rostro del barón. Su estado moral me pareció digno de lástima, porque en medio de las mayores venturas le mordía el alma el descreimiento, que todo lo marchita y todo lo corrompe. La victoriosa arrogancia de los hombres grandes dimana siempre de la confianza en su estrella, y el barón de Helynaghy, incapaz de creer, era incapaz asimismo para el triunfo.

Levanté el barón, y recogiendo el objeto que había traído, desenvolví un paño de raso negro y vi una cajita de cristal de roca con aristas de plata. Alzada la cubierta, sobre un sudario de lienzo guarnecido de encajes, que el barón apartó precavidamente, distinguí una cosa horrible: una figurilla grotesca, negruzca, como de una cuarta de largo, que representaba perfectamente el cuerpo de un hombre. Mi movimiento de repugnancia no sorprendió al barón.

—¿Pero qué es este mamarracho?—hubo de preguntarle.

—Esto—replicó el diplomático—es una maravilla de la naturaleza; esto no se imita ni se finge: esto es la propia raíz de la mandrágora, tal cual se forma en el seno de la tierra. Antigua como el mundo es la superstición que atribuye a la mandrágora antropomorfía las más raras virtudes. Dicen que procede de la sangre de los ajusticiados, y que por eso de noche, a las altas horas, se oye gemir a la mandrágora como si en ella viviese cautiva un alma llena de desesperación. ¡Ah! Cuida Vd. por Dios de tenerla envuelta siempre en un sudario de seda ó de lino: sólo así dispensa protección la mandrágora.

—¿Y Vd. cree todo eso?—exclamé mirando al barón fijamente.

—¡Ojalá!—respondió en tono tan amargo que al pronto no supe añadir palabra.—A poco el barón se despidió repitiendo la súplica de que tuviese el mayor cuidado, por lo que pudiera suceder, con la cajita y su contenido. Advirtiéndome que regresaría dentro de un mes, y entonces recobraría el depósito.

Así que cayó bajo mi custodia el talismán, ya se comprende que lo miré más despacio; y confieso que si toda la leyenda de la mandrágora me parecía una patraña grosera, una vil superstición de Oriente, no dejé de preocuparme la perfección extraña con que aquella raíz imitaba un cuerpo humano. Discurrí que sería alguna figura contrahecha, pero la vista me desengañó, convencíndome de que la mano del hombre no tenía parte en el fenómeno, y que el *homunculus* era natural, la propia raíz según la arrancaban del terreno. Interrogué sobre el particular a personas veraces que habían residido en Palestina largo tiempo, y me aseguraron que no es posible falsificar una mandrágora, y que así cual la modeló la naturaleza, la recoogen y venden los pastores de los montes de Galaad y de los llanos de Jericó.

Sin duda la rareza del caso, para mí enteramente desconocido, fué lo que en mal hora exaltó mi fantasía. Lo cierto es que empecé a sentir miedo, ó al menos una repulsión invencible hacia el maldito talismán. Lo había guardado con mis joyas en la caja fuerte de mi propio dormitorio; y cátese que me acomete un desvelo febril, y que doy en la manía de que la mandrágora dichosa, cuando todo esté en silencio, va a exhalar uno de sus quejidos lúgubres, capaces de helarme la sangre en las venas... Y el ruido más insignificante me despierta temblando, y a veces, el viento que mueve los cristales y estremece las cortinas se me antoja que es la mandrágora que se queja con voces del otro mundo... En fin, la tal porquería no me dejaba vivir, y determiné sacarla de mi cuarto y llevarla a una cristalería del salón, donde conservaba yo monedas, medallas y algunos cachivaches antiguos. Aquí está el origen de mi eterno remordimiento, del pesar que no se me quitará en la vida. Porque la fatalidad quiso que un criado nuevo, a quien tentaron las monedas que la cristalería encerraba, rompiese los vidrios, y al llevarse las monedas y los dijes, cargase también con la cajita del talismán. Me quedé mortal, ya se comprende. Yo avisé a la policía: la policía revolvió cielo y tierra: el ladrón pareció, si señor, pareció; recobráronse las monedas, la cajita y el sudario... pero el talismán confesó mi hombre que lo había arrojado a un sumidero de alcantarilla, y no hubo medio de dar con él, aun á costa de las investigaciones más prolifas y mejor remuneradas del mundo.

—¿Y el barón de Helynaghy?—pregunté a la dama que me había referido tan singular suceso.

—Murió en un choque de trenes, cuando regresaba a España—contestó ella más pálida que de costumbre y volviendo el rostro.

—¿De modo que talismán era?... —¡Válgame Dios!—repuso.—¿No quiere usted concederle nada a las casualidades?

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL FRÍO DEL PAPA

Decía el periódico: «No es cierto que S. S. León XIII está enfermo. Su salud se mantiene firme, pero no hay que olvidar que es la salud de un anciano, de un anciano cuyo espíritu ha trabajado y trabajado mucho. Está débil, sin duda; pero no se ha de juzgar por las apariencias de lo que es capaz de resistir aquel temperamento; detrás de aquella delicadeza, de aquel palidísimo color, de

aquellos músculos sutiles, hay un vigor, una resistencia vital que no puede sospechar el que le ve y no conoce su fibra. Los catarras le molestan a menudo. Su gran batalla es con el frío. En sus habitaciones no se enciende lumbre; pero después que se acostaba necesitaba sobre su cuerpo fiaco mucho abrigo. Parece imposible que aquellos miembros tan débiles resistan el peso de tanta ropa como hay que echarles encima.»

Interrumpió Aurelio Marco, exfilósofo, la lectura que le había llenado de lágrimas los ojos, y el espíritu de ideas y de imágenes.

Era la noche del 5 de Enero, vispera de Reyes. En su pueblo, donde Aurelio se había refugiado después de recorrer gran parte del mundo, todavía se consagraba aquella noche a la inocente comedia mística, tradicional, de ir a *esperar los Reyes*; ni más ni menos que en su tiempo, cuando él era niño, y seguía por calles y plazas y carreteras, a la luz de apesetiferas antorchas, a los pobres músicos de la murga municipal, disfrazados con trapos de colores y tristes preseas de talco, de Reyes Magos, reyes melancólicos, con cara de hambrientos.

A lo lejos, allá en la calle, se oía la inarmónica elegía de un clarinete desafiado que se alejaba con su tristeza...

«El Papa tiene frío!»—pensó Aurelio;—y la ternura de un símbolo de inefable misterio doloroso le anegó el alma en visiones mezcladas de agudas ideas luminosas.

Sus recuerdos de otras noches de *Reyes*, el clarinete que se alejaba, la noticia que acababa de leer, le devolvían, por lo que atañe el sentir, a la fe de su poética infancia, de su tormentosa adolescencia... La *verdad estética* de la leyenda sublime, única, le penetraba el corazón; y por él pasaba algo muy semejante a lo que el Fausto de Goethe sentía al escuchar las campanas que tocaban a *Gloria* y los cánticos populares de Pascua:

«(Erinn'ung halt mich nun, mit kindlichem Gefühl, etc.)»

«Tal recuerdo reanima en mi corazón los sentimientos de la niñez... y me vuelve a la vida. ¡Oh!, que os oiga otra vez, cánticos celestiales; ha corrido una lágrima, la tierra me reconquista.»

Aurelio Marco llegaba a la vejez y su espíritu necesitaba un báculio; tenía canas en el pensamiento de nieve: huyendo de pretendida ciencia positiva, que niega y profana lo que no explica, había vuelto, no a la confesión dogmática de sus mayores, pero sí al amor y al respeto de la tradición cristiana: no entraba en el templo por no profanarlo, se quedaba a la puerta, atenido. Asistía al culto por fuera, contemplando la austera y dulce arquitectura de la torre gótica, himno de sincera piedad musical, inefable... Mas tales sentimientos, tales ideas de lo que llamaba él el *buen sentido religioso*, no le calentaban el corazón, como en su juventud borrascosa, borrasca por dentro, se lo calentaban, hasta abrasarlo, los relámpagos de fe poética, expectante, personal, originalísima, que brillaban a veces entre las tinieblas de sus dudas y negaciones.

—«Ahora, pensaba, sentía mejor, más sinceramente, con más prudencia, con más caridad para las ideas contrarias; se acercaba, sin duda, al justo medio, a la sabia parsimonia... pero ¡qué frío!»

«También tenía frío el Papa; un frío que le llegaría a los huesos.»

Aurelio Marco se puso en pie de repente, como para sacudir las ideas; se quedó mirando, sin verla, la luz de su lámpara, roja detrás del cristal de color de leche; hizo un gesto singular con los labios, que chocaron con fuerza y ruido, como dando un beso a la adversidad y a la resignación a un tiempo, y llevando ambas manos a la frente, cual si buscara un medio artificial, mecánico, para pensar como quería, se dijo casi casi como quien se vuelve a una divinidad que se imagina en el cenit, no muy lejos:

—«¡Oh! ¡si yo pudiera... aunque fuese soñando, volver a creer esto mismo que ahora siento... y no creo! ¿Por qué en mí la poesía y el amor son creyentes, y no lo es la inteligencia? Si me viera por dentro, ¿vería en mí la iglesia un enemigo? ¡Ah! debiera ser yo para ella, como tantos otros, un enfermo, pero un enfermo suyo. ¿Qué tengo yo que ver con el Papa? Y, sin embargo, ¡qué escalofríos me da el frío del Papa! Todo un símbolo tierno y melancólico...»

Volvió a sentarse Aurelio Marco en su sillón de cuero, y creyendo oír todavía, a lo lejos, los ayes del clarinete del rey Baltasar, inclinada la cabeza, se quedó dormido.

Había vuelto a los siete años; le llevaba una garrida moza del pueblo de la mano, corriendo, corriendo, haciéndole volar, tocando apenas con los delicados pies el polvo de la carretera; su melena flotante batía sobre sus hombros como unas alas, y le infundía como un soplo en la nuca.

Era de noche, una noche muy clara, helada, de estrellas que parecían acabadas de lavar. La carretera, bien la conocía, era la de Castilla, la de Madrid, la del ancho mundo, la de los ensueños ambiciosos...; por allí se iba a la dicha misteriosa, vaga, pero segura. Y, sin embargo, mirando mejor a los lados, desconocía el camino. A derecha é izquierda edificios sin cuento, todos tristes, solemnes, de piedra; todos sepulcros: aquella inmensa mole parecía el gran monumento fúnebre de Cecilia Metela... Aquella era la carretera de Castilla, y era además algo así como la Via Apia.

—«¿A dónde vamos? ¿A dónde va tanta gente? ¡A esperar los Reyes!» En el corazón y en el pensamiento de Aurelio había los anhelos del niño y la experiencia y la ciencia del adulto.

«¿Qué era ir a esperar los Reyes? Nada, un juego, una ilusión; y, con todo, ¡qué alegría! ¡qué exaltación! Aquel engaño, que no engañaba a nadie, engañaba a todos. Era una imagen, un símbolo de la vida aquella carretera en la noche helada, por la Via Apia arriba. Viéndose apenas, distinguiéndose mal, como en la vida, donde apenas nos conocemos, la multitud se apresuraba, se disputaba el paso, atropellándose por llegar primero ¿a dónde? A la ilusión. Salían al camino a los Reyes... que no habían de encontrar.

«¡Allí vienen! ¡Allí vienen! ¡Aquella luz! gritaban los de la broma; y Aurelio casi los creía, y la carrera se precipitaba. La luz era de una taberna. No había Reyes; había borrachos y mujeznuelas que también preguntaban por los Reyes.

«¡Más arriba! ¡Más arriba! ¡Otra luz! ¡Otra taberna! ¡Adelante! ¡Más arriba!... Tumbas, sombras a los lados; estrellas frías y brillantes en el cielo; oscuridad y esperanza enfrente, a lo lejos. ¡Adelante!»

La multitud ya quedando zaguera; la ilusión ya la fatiga; las tabernas van tragando por el camino al pueblo que vuelve a la realidad para caer en la ilusión alcohólica sin ideal y de despertar amargo. Aurelio y la moza garrida que le hace volar, llevándole en vilo, llegan a verse solos...; no importa, siguen. El camino hace un recodo en un altozano; el horizonte se ensancha y lo corta con

oscuridad simétrica el perfil de un gran templo, de cúpula inmensa. Aurelio se ve solo dentro de la nave cuyas bóvedas se pierden en las sombras de la altura. Por la parte del ábside el gran templo está en ruinas y deja ver el campo, las montañas y las estrellas; en el altar mayor hay una cuna humilde en un pesebre; del lado del Evangelio hay una cama de hospital, limpia y pobre; en la cuna gime y tirit de frío un niño de piel de rosas, en la cama humilde tirit un anciano caduco, pálido como cera, de piel transparente, en los huesos.

Las estrellas parece que envían sobre la cuna y la cama effluvis de hielo. ¡Cuánto frío! ¡Qué desnudez! Una mula y un buey están al lado de la cuna; el buey arroja nubes del vapor de su aliento sobre el niño de la cuna. El anciano, que se muere de frío, de tarde en tarde levanta la cabeza temblorosa y mira hacia la cuna, y sonríe agradecido al buey que calienta con su aliento al niño. El frío hace delirar al anciano, que piensa con esos consuelos de la pesadilla que huye del dolor: «Mientras él no se hiele, yo no me hiele.»

Aurelio ve que de repente entran en la nave del templo tres personajes vestidos de púrpura y oro, con sendas coronas en la frente; son, como el buey y la mula, figuras de nacimiento de tamaño natural. Bien los conoce: son Baltasar, zapatero y clarinete en la murga del municipio; Melchor, sacristán y fígile de la banda; Gaspar, panadero y cornetín. Los Reyes Magos rodean el lecho del anciano. «Se muere de frío» dijo Melchor.

«Se hiele en esta noche eterna del mundo sin fe, sin esperanza, sin caridad!» Esto lo dijo Gaspar.

Y Baltasar, suspirando: «Cubrámosle con nuestro manto.»

Y Baltasar entonces echó sobre el Pontífice León XIII, que éste era el anciano del lecho humilde, echó su manto pesado de púrpura, y Gaspar el suyo, y Melchor el suyo.

El buey, que los veía, dejó un momento al Niño, y vino también a calentar con su aliento al Papa, que se moría de frío.

Aurelio Marco, de rodillas, sentía la inefable emoción del dolor religioso, de la sumisión piadosa a las despiadadas lecciones del misterio impenetrable y santo. «El Niño, en la cuna, muriendo de frío al nacer; ¡el anciano, el Pontífice, sucesor de Pedro, vicario del Niño en la tierra, muriendo de frío en la extrema vejez!

El buey, Aurelio lo conocía, era el *buey mudo* disfrazado, Santo Tomás, que con el aliento de su doctrina quería calentar al Papa aterido. Los mantos de los Reyes eran: la tradición respetada; las grandezas del mundo que se adherían a la Iglesia para salvar el *capital* de la civilización cristiana; el poder de la herencia de la fe, de la belleza mística...

Todo era en vano; el viejo daba diente con diente.

Los Reyes Magos ya no sabían qué hacer; cómo dar un poco de calor al cuerpo débil que los temblores sacudían.

Miraban al cielo. Por la parte del ábside derruido se veía la bóveda estrellada. Allí estaba quieta, como un ascua de oro, su guía fiel, la estrella de Oriente... pero fría, como todas las demás, indiferente.

—¡Si saliera el sol! ¡si saliera el sol! decían los Reyes Magos.

Y arropaban bien, ciñéndole los mantos al triste cuerpo consumido, al Papa, que se moría de frío.

Y el Papa, de tarde en tarde, sonriendo entre los temblores, levantaba la cabeza y miraba hacia la cuna del pesebre en el altar mayor. En el delirio, cuajado en su cerebro, pensaba:

«Mientras El no se hiele, yo no me hiele.» Y Melchor, Gaspar y Baltasar, con un coro, repetían:

«¡Si saliera el sol! ¡si saliera el sol!»

.....

CLARÍN.

1893-MADRID-1894

Anoche, en el átomo de tiempo que separa el último segundo del año 1893 del primero de 1894 estaba yo sentado delante de la chimenea, con los pies sobre los morrillos y tan lejos del planeta como si mi espíritu, libre de la cárcel carnal, hubiera emprendido los rumbos misteriosos del más allá.

Pues bien: en aquel átomo de tiempo dieron secamente con los nudillos en la puerta del pasillo; di licencia y llegó hasta la chimenea un hombre mal trazado, ya viejo, poco simpático y con cara de hambre, el cual, tomando asiento cerca de mí con cierta timidez, dijo con acento de pesar:

—Caballero... Soy el año 1893 que ha tenido el honor de pasar a la historia en este momento.

Le miré fijamente entonces, y recordando rápidamente que el recién llegado tiene una hoja de servicios detestable, le dije sin poder contenerme, olvidando que estaba en mi casa: —«1893? Pues ha sido Vd. uno de los mayores sinvergüenzas que he conocido.

1893 movió resignado la cabeza.

—«Ah, caballero!»—exclamó en el tono elegíaco de drama con cota de malla y puñal de misericordia.—Ya suponía yo que había Vd. de recibirme de este modo, pero yo le juro a usted que no he venido por mi gusto. Me han obligado, caballero, me han obligado.

—«¿Cómo? ¿quién?»

—Ortega Munilla, caballero, el cual me ha ordenado presentarme a Vd. para darle cuenta de mis actos; una *intervención*, señor, y a mi edad...

—«Eso es otra cosa—replicó ya con menos dureza.—La *intervención* se impone, como la bicicleta, pero podía Vd. haberse ahorrado la visita porque no veo en sus 365 días nada aprovechable en beneficio suyo.

—«No es mía toda la culpa—dijo 1893 sentenciosamente.—Es exacto que he sido el año del cólera, de los motines y de la dinamita, pero yo ruego a Vd. encarecidamente, caballero, que se sirva medir conmigo la profundidad real de los hechos para hallar en el fondo las causas motoras de estos fenómenos anormales en el ordenado régimen de un pueblo.

—«Eso parece del Ateneo, sección de ciencias naturales y políticas.

—«Sí, señor; son palabras de la Memoria de un sociólogo de provincias que ingresará allí un día de estos, pero muy ajustadas a mi situación del momento... Con permiso de Vd. derrocharé los restos de mi fortuna personal.

1893 encendió un pitillo de 0'40 y prosiguió: —«El cólera, por ejemplo, caballero; es cierto que durante mi reinado apareció en Bilbao, pero no le llamé yo, le trajeron circunstancias puramente locales, nació en el lecho sónico hasta lo inverosímil de aquel río que sólo limpian muy de tarde en tarde las avenidas del monte.

Yo fui el primero en impresionarme desagradablemente al saberlo, y en reirme de las

precauciones que se tomaron inmediatamente para impedir que viniera del extranjero un huésped molesto que ya estaba dentro.

—«Duro, pe o exacto.

—«Exactísimo, caballero, tan exacto como la afirmación que me permito hacer respecto de mi inocencia en la provocación al motín durante el verano, y del que facilitaron excelentes muestras Coruña, Vitoria, Bilbao y hasta Don Benito, que parecía persona tan juiciosa.

—«Es una reputación usurpada.

—«Celebro que estemos conformes, como hemos de estarlo en todo. Es cierto que la semilla del motín aguarda en todos los climas y bajo el paso de todos los años la ocasión de brotar cuando cae sobre ella el riego de la imprevisión y la torpeza. Estaba, pues, antes de llegar yo, y en los puntos señalados, y brotó porque hubo quien la regó con varios meses de anticipación...

—«Eso parece una censura al ministro de la Guerra—intercalé yo con ligero despegue.

—«Y lo es, caballero, lo es—replicó 1893,—pero ¿qué importa ya? Yo soy un difunto provisional que no volverá por aquí hasta 1893; soy en cierto modo la historia, y para la historia un hombre, no es un hombre, sino un dato, como el hecho no es un hecho sino una consecuencia ó una demostración... advierto a usted que esto es también de otra Memoria del sociólogo de provincias, sección de ciencias históricas.

—«No hacia falta la advertencia; tiene el sello. Adelante.

1893 se inclinó un poco y con gran cortesía, como rindiendo tributo a mi perspicacia.

—«Voy a terminar porque me espera mi hueco en la serie de los tiempos, y estas cosas son muy serias. Apenas necesito esforzarme en demostrar a Vd. que tengo perfecto derecho a lavarme mis manos en cuanto a lo de la dinamita.

—«¿También?

—«También, caballero, y siento que la Memoria del sociólogo no diga nada sobre esto, porque se lo colocaría a Vd. sin el menor escrupulo. No hablemos de la dinamita de Santander, porque aquello fué producto de una serie de fatalidades concurrentes en que solo intervino la voluntad inatacable de la Providencia; hablemos de la dinamita del Liceo de Barcelona, de la de la Cámara francesa, de esta última sobre todo... ¿Vd. es anarquista, caballero?

—«No, señor.

—«Yo tampoco, de modo que podemos, en admirable consorcio, condenar aquellos atentados criminales sin enturbiar nuestra pasajera amistad. Pero hecho esto ¿no conviene Vd. conmigo en que la sociedad no está bien arreglada?

—«Innegable, señor de 1893.

—«Bien, pues yo creo que aquella bomba que estalló entre los diputados franceses, sin consecuencias graves, por fortuna, aunque destinada por su autor a herir, pudo servir de eloquente advertencia diciendo: Mas hechos y menos retórica, legisladores; ha pasado el tiempo en que se consideró la miseria como mal incurable é inevitable; hoy es problema y no objeto de lástima teórica, y hay que resolverlo llevando a la práctica la teoría del derecho al trabajo. El hambre es mala consejera y no se cura con discursos sino con pan, que no debe darse por la caridad sino por la justicia... etcétera, caballero, porque todas estas ideas son viejas como el mundo, y no ha sido en mi tiempo cuando han nacido, me parece.

—«Sería injusto negarlo.

—«Siento que nuestra amistad haya de romperse dentro de cinco minutos, porque veo en usted un hombre por todo extremo razonable. —Un millón de gracias—contesté por decir algo.

—«Purísima justicia, caballero—replicó 1893 inclinandose,—tan grande como la injusticia que se comete hoy maldiciendo de mí, y en que usted mismo ha incurrido al principio, aplicándome un calificativo un tanto ofensivo...

—«Sinvengüenza?

—«Esa fué la palabra: sinvergüenza... Pero no me ofendo, porque aún no habíamos hablado.

—«Retiro la palabra...

1893 alargó la mano con aire bonachón, y yo me apresuré a estrecharla en señal de reconciliación, pero 1893 me contuvo.

—«No era para eso—dijo con aplomo—sino para pedir a Vd. un cigarro.

—«¡Ah!...

Saqué la petaca, encendimos fraternalmente dos cigarros y 1893 se levantó.

—«Voy a terminar, caballero, porque entro de guardia en el planeta Marte y no hay tiempo que perder. Tengo que justificarme de la guerra con el moro y voy a hacerlo brevisimamente, como que nada he puesto en eso.

—«¿Seguro?

—«Segurísimo, y la prueba vendrá dentro de poco, cuando los moros quieran aprovecharse otra vez de las torpezas y desidias de la política de algodón en rama que siguen Vds. en Marruecos. Lo que he hecho yo lo harán los años venideros, hasta llegar a los primeros del siglo próximo, en uno de los cuales Marruecos será del más fuerte ó del más hábil. Y